**Juventud (fragmento)**

**Joseph Conrad**

Esto no habría podido suceder fuera de Inglaterra. Allí, los hombres y el mar se interpenetran: el mar forma parte de la vida de la mayoría de los hombres y éstos conocen algo, o todo lo relativo a él, sea por entretenimiento o por haber viajado o como medio de vida.

Estábamos sentados alrededor de una mesa de caoba que reflejaba la botella, los vasos de vino y nuestros rostros cuando nos apoyábamos sobre los codos. Había un director de compañías, un contador, un abogado, Marlow y yo. El director había sido grumete en el Conway; el contador había servido durante cuatro años en el mar; el abogado —un buen conservador, venerable, anglicano de los más formales, viejo simpático, el honor en persona— había trabajado como oficial principal en el servicio de correos durante aquellos buenos tiempos cuando los barcos del correo llevaban aparejos de cruzamen por lo menos en dos mástiles, bajaban el Mar de China por delante de un buen monzón con las alas desplegadas. Todos habíamos iniciado nuestras vidas en la marina mercante. Existía entre los cinco esa unión profunda que confiere el mar, y también la camaradería del oficio, que no puede generarse en ninguna medida de entusiasmo por la navegación deportiva, los cruceros y cosas semejantes, ya que éstos no son más que la diversión de la vida mientras que aquél es la vida misma.

Marlow (al menos creo que era así como escribía su nombre) narró la historia o, antes, la crónica, de una travesía:

Sí, he visto algo de los mares orientales; lo que mejor recuerdo, sin embargo, es mi primer viaje hacia allí. Ustedes, amigos míos, saben que existe una clase de viajes que parecen hechos a medida como ejemplos de lo que es la vida, que podrían ser símbolo de la existencia. Uno lucha, trabaja, suda, por poco se mata, muere a veces en el intento de realizar algo y no puede. No por culpa propia. Simplemente no puede hacer nada, grande o pequeño, ni lo más mínimo, ni siquiera casarse con una solterona o lograr que 600 miserables toneladas de carbón lleguen a su puerto de destino.

Fue una aventura memorable en todo sentido. Era mi primer viaje al este, y el primero como segundo oficial. También era la primera vez que mi capitán tenía un barco a su mando. Ustedes admitirán que era hora de que lo hiciera. No me cabe duda alguna de que había llegado a los sesenta; era un hombre pequeño, con espaldas anchas y no demasiado derechas, cargado de hombros, con una pierna más chueca que la otra; tenía ese extraño aspecto retorcido que se ve tan a menudo en los hombres que trabajan en el campo. Tenía una cara con forma de cascanueces —nariz y mentón intentando unirse por encima de la boca hundida— y enmarcada por cabellos enmarañados de un gris acero que parecían una carrillera de algodón salpicada con cenizas de carbón de piedra. Y tenía un par de ojos azules en ese viejo rostro suyo, ojos sorprendentemente parecidos a los de un niño, con esa expresión ingenua que algunos hombres bastante sencillos conservan hasta el fin de sus días por obra de un raro don interior de simplicidad de corazón y rectitud de alma. Qué fue lo que lo indujo a aceptarme es un misterio. Yo salía de un encumbrado clíper australiano en el que era tercer oficial y él parecía tener un prejuicio contra los clíperes de primera clase por considerarlos aristocráticos y amanerados. Me dijo: «Sabe que en este barco tendrá que trabajar». Yo dije que había tenido que trabajar en cada uno de los barcos donde había estado. «Ah, pero esto es diferente, y ustedes los caballeros que salen de esas naves grandes... ¡pero bueno! Me atrevería a decir que servirá. Empiece mañana.

Empecé «mañana». Fue hace veintidos años y yo recién había cumplido los veinte. ¡Cómo pasa el tiempo! Fue uno de los días más felices de mi vida. ¡lmaginen! Segundo oficial por primera vez ¡un oficial realmente responsable! No habría vendido mi contrato aunque me hubieran ofrecido una fortuna. El primer oficial me examinó con cuidado. También era un viejo, pero de otro aspecto. Tenía un perfil romano, barba larga y blanca como la nieve y se llamaba Mahon, pero insistía en que su nombre debía pronunciarse Mann. Tenía buenos contactos, sin embargo, algo funcionaba mal con su suerte, y nunca había progresado.

En cuanto al capitán, había trabajado durante años en barcos de cabotaje, luego en el Mediterráneo, y por último en el comercio de las Indias Orientales. Jmás había doblado los Cabos. Apenas podía hacer unas especies de garabatos y no sentía el mas mínimo interés por la escritura. Ambos eran buenos marinos, por supuesto, y entre estos dos viejos yo me sentía como un niño junto a dos abuelos.

El barco también era viejo. Se llamaba «Judea». Nombre raro, ¿no es cierto? Pertenecía a un tal Wilmer Wilcox, algo así; hace más de veinte años que está fundido y muerto y su nombre no importa. Había estado amarrado a la dársena de Shadwell durante muchísimo tiempo. Pueden imaginar su estado. Era puro óxido, polvo, tizne, hollín en los palos, mugre sobre cubierta. Para mí era como salir de un palacio Y entrar en una choza arruinada. Pesaba unas 400 toneladas, tenía un cabrestante primitivo, cerrojos de madera en las puertas, ni una pizca de bronce en ningún lado y una gran popa cuadrada. Encima de ella, debajo del nombre en letras grandes, había un montón de firuletes con el dorado saltado y una especie de escudo con el lema «Hacer o morir» debajo. Recuerdo que me gustó enormemente. Tenía un dejo romántico; había algo que me hacía amar al cascajo, ¡algo que apelaba a mi juventud!

Salimos de Londres con lastre, lastre de arena, para cargar carbón en un puerto del norte con destino Bangkok. ¡Bangkok! Me estremecía. Había vivido en el mar durante seis años pero sólo había visto Melboume y Sydney; buenos lugares, encantadores a su manera... ¡pero Bangkok!